

Torre Martín, y al manifestar la marina ser imposible con los medios de que disponía, se eligió á Ceuta como punto de desembarco y base de operaciones, y á Tetuan como objetivo de la campaña. Y aquí debemos repetir lo que en otra ocasión hemos dicho, para llevar al lector el pleno conocimiento de lo que referimos, y por la enseñanza que ofrece. ¿Qué se hizo para corroborar el anterior aserto? ¿Se practicó algún reconocimiento detenido? ¿Lo fué el que practicó el general O'Donnell? ¿Cómo no se vió que Torre Martín no oponía resistencia seria, y que en poco tiempo quedaba desartillada y destruida por unos cuantos buques de la escuadra, como sucedió después? De todos modos, hubo la falta de no haber hecho el reconocimiento tal como se debía hacer, no como se hizo; tarde y mal. Pero ya veremos lo que decidió la elección de Ceuta, escogida por necesidad, como base única de operaciones y punto de desembarco, á pesar de las razones expuestas que demuestran el poco acierto de tal determinación, ó el olvido de las primeras reglas de la ciencia.

Guiaba el ejército español el general O'Donnell; y cada uno de los tres cuerpos de que se componía, los generales Echagüe, Zavala y Ros de Olano, mandando Prim la reserva, y Alcalá Galiano la división de caballería. La escuadra, compuesta de 14 buques, montando 223 cañones, estaban á las órdenes de Díaz de Herrera.

Incorporadas á la escuadra sus fuerzas sutiles, 4 faluchos y 10 cañoneras, se embarcó el 18 de noviembre en Algeciras el primer cuerpo, tomando tierra en Ceuta con bastante contrariedad por el estado del mar. Sin provisiones Ceuta para tanta fuerza, y suspendida la navegación por el temporal, no se pudo racionar á la tropa en dos días, el 20 y 21, y sintió escasez. Este contratiempo era una lección elocuente.

Faltando marina para embarcar de una vez mucha fuerza, había que hacerlo paulatinamente, por lo que atendiendo á la índole feroz y guerrera de los kabilas y á antecedentes históricos, era necesario no emprender operación alguna hasta contar con lo necesario para vencer y obrar vigorosamente, pues también la circunstancia de ser bisonas nuestras tropas, era otra razón y no pequeña, para ser muy cautos y no exponerse á un descalabro que envalentonase al fanático enemigo, y rebajase el espíritu del soldado. Así que, á medida que iban desembarcando las tropas, debían haber ido acampando bajo los fuegos del cañon de Ceuta, manteniéndose en una prudente defensiva hasta hallarse en disposición de tomar una vigorosa ofensiva. Y sentimos destruir algunas ilusiones, pero debemos decir la verdad, la exige nuestra conciencia que está por encima de todo; y á lo que dejamos expuesto, debemos añadir que nuestro ejército estaba falto de todo lo necesario para entrar en campaña; y tratándose de hacerla en África, no se puede ni improvisar, ni emprenderla sin lo absolutamente indispensable, ni prescindir de algunas cosas, como material de campamento, etc.

Era el Serrallo ordinaria residencia del alcalde y fuerza de moros de rey que existía al frente de Ceuta, para obligar á los kabilas á respetar el campo neutral, cuyo edificio ruinoso, á 3 kilómetros, le abandonaron los moros cuando avanzó Echagüe. Eligió las posiciones que habían de fortificarse, se acampó allí, empezaron al día siguiente á construir los ingenieros los reductos Isabel II y Príncipe Alfonso, sosteniéndose algún tiroteo; atacaron á los dos días los moros el primero con tal empuje, que á pesar de la metralla de la artillería de montaña subieron hasta la contraescarpa del foso; les arrojaron á la bayoneta; volvieron el 24 á atacar el mismo reducto, y después de porfiado bregar y recibiendo de cara nuestros soldados un fuerte vendaval con lluvia, rechazaron al enemigo, si bien á costa de unas 100 bajas. En mayor número y con mas feroz empuje atacaron el 25; resistieron valientes los batallones de Cataluña y Madrid; apoyóles Simancas, Alcántara, Granada y Borbon; rebasaron los africanos nuestra línea por la izquierda; viéronse arrollados los cazadores de Madrid y Alcántara, trabándose un combate á quemarropa y á la bayoneta, tan heroico como sangriento; acudieron Mérida y Talavera en su ayuda, empleando también la bayoneta; por haber sido herido Echagüe en un dedo de la mano cedió el mando á Gasset, que avanzó á la primera línea con el segundo de

Granada; Borbon siguió también avanzando, llevando por delante al enemigo, y cerca de anochecer se efectuó la retirada al Serrallo. A 400 ascendieron las bajas de todas clases que experimentaron nuestras tropas.

La noticia de estos sucesos contrarió á O'Donnell en sus planes y proyectos sobre Tánger y le afectó, porque estaba completando lo mucho que faltaba hacer en el ejército; pero apremiaba el tiempo, tuvo que variar su plan, y aquella noche se embarcaron cuantas fuerzas fué posible con el mismo general en jefe y Zavala, ocupando este el Otero en cuanto desembarcó. O'Donnell, á bordo del *Vulcano*, reconoció la costa en dirección á Cabo Negro.

No asustó á los moros el refuerzo de los cristianos; hicieron frente, y trabóse el 30 ruda pelea, en la que también tomó parte O'Donnell; rechazó nuestra izquierda el ataque de los enemigos, y la derecha sosteniendo recias acometidas, vió muy reforzados á los marroquíes, que se extendieron hasta la altura del Renegado para envolver aquella ala, hasta que un ataque general por la izquierda y centro, desalojó al enemigo de sus posiciones, se cargó sobre los numerosos grupos que se habían adelantado por la derecha, les separaron en parte del grueso de sus fuerzas y los precipitaron por los derrumbaderos y barrancos que caen al mar.

Comprendiendo los africanos la importancia de los fuertes que empezaron á construir los españoles, resolvieron impedirlo, y al amanecer del 9 de diciembre, cayeron denodadamente sobre el segundo cuerpo que mandaba Zavala, y se trabó una de las mas sangrientas é importantes batallas de aquella campaña, presentándose por primera vez Muley-el-Abbas al frente de numeroso ejército de moros de rey y de todas las kabilas que habían peleado solas hasta entonces. Unos y otros combatientes pelearon con heroísmo, se dieron brillantes cargas á la bayoneta, y después de esa multitud de peripecias tan frecuentes en todos los combates, los heroicos africanos del jefe marroquí se estrellaron ante unas tropas que, aunque inferiores en número tenían la incuestionable superioridad que les daban sus cualidades y el general que las mandaba, que ganó en esta batalla la gran cruz de San Fernando, única que se dió en toda la campaña.

Las pérdidas en uno y otro campo fueron grandes; de los 23 oficiales que contaba el batallón de Arapiles perdió 19.

Alentado el entusiasmo de los moros con su arraigada y fanática esperanza, reunieron nuevas fuerzas que se lanzaron valientes á interrumpir la marcha de los españoles; pelearon otra vez el 15, 20, 22, 25 y 29, teniendo que abrirse paso nuestras tropas con la punta de las bayonetas, y quedando por la noche á guardar los campamentos las que por el día no habían entrado en acción; sin que por esto dejara de hacerse frente al tenaz enemigo que se había propuesto no tuviera el cristiano un momento de reposo.

Eran ya muchas las bajas del ejército, á las que había que agregar las que producía el cólera, que ascendían á algunos miles.

Una escuadra de ocho buques fué el mismo día 29 á cañonear el fuerte Martín, cuyos fuegos apagó, sin la mejor baja en sus tripulaciones. ¿Cuánta sangre y cuánto dinero se hubiera ahorrado España si este reconocimiento se hubiese hecho con oportunidad! Entonces se habría visto que podían haberse desembarcado dos cuerpos de ejército por lo menos, y contratándose la marina mercante necesaria, tomar tierra en aquellas playas en pocos días todo el ejército, evitándose una marcha con un combate á cada paso.

Al toque de diana del primer día de 1860 prosiguió la marcha el ejército, encargándose á la vanguardia apoderarse por sorpresa de unas posiciones ventajosas, que coronadas ya por los moros hubo que desalojarlos de ellas con mas fuerzas. Habíase retirado el enemigo á unos montes de frente; se propuso atraer á los dos escuadrones de húsares que iban de vanguardia, y les fué atrayendo hasta internarlos en el valle del río Castillejos, donde adelantándose á la infantería cayeron en una emboscada que les fué funesta.

Proponiase O'Donnell ocupar la casa del Morabito por la división Prim, reforzada con el segundo cuerpo, y que este permaneciera en su campamento hasta el día siguiente que

se lanzaría á atravesar el valle de los Castillejos; pero el general Prim, llevado de su fogosidad, enardecido á la vista del enemigo, obedeció mas á su arrojo que á las órdenes recibidas, y atacó las primeras estribaciones de Sierra-Bullones, que no defendieron con empeño los africanos, desalojándolas con intento de llevar á ellas á los españoles, y recibir ellos los refuerzos que cerca tenían para caer violentamente sobre nuestras tropas. Así sucedió; trabóse reñido combate, en el que á pesar del heroísmo de los soldados y de los esfuerzos inauditos de Prim que cogió una bandera, no pudo conservar aquellas posiciones, y hubo de ceder algo del terreno conquistado, resultando una situación comprometida para el ejército todo y para el general en jefe, contrariado en sus planes, y sin fuerzas á la mano preparadas para acudir rápidamente al auxilio de Prim.

Había presenciado Zavala desde su campamento las primeras escaramuzas de la batalla, sin darlas importancia, porque sabía el propósito de O'Donnell de no empeñar nada decisivo aquel día, dejándolo para el siguiente en el que el segundo cuerpo que guiaba Zavala ocuparía la vanguardia para el ataque; pero conociendo por lo nutrido del fuego que algo extraordinario ocurría, descendió al valle de los Castillejos, ocupó la casa del Morabito, y como continuase el fuego, se dirigió con algunos batallones á penetrar por el boquete que conducía á la espalda de los moros y cogeros entre dos fuegos, cuando recibió orden del general en jefe de retroceder; conferenciaron ambos generales en la casa del Morabito, vieron en aquel momento que las tropas de Prim perdían terreno, se lanzó Zavala á la carrera con los batallones preparados, siguiendo O'Donnell por su izquierda al sitio del conflicto, y en medio de un mortífero fuego, y sin disparar un tiro, tomó Zavala la posición enemiga á la bayoneta, y arrojó y dispersó á las numerosas huestes africanas, arrancándoles una victoria con la cual contaban.

Y no la ganaban por falta de bizarría en nuestras tropas; pues hasta aquellos mismos húsares á los que llevaron á una emboscada, en la resuelta carga á que después los lanzó Prim, llegaron al pie del campamento moro, entre posiciones escarpadas, acuchillando al enemigo, y apoderándose el cabo Mur de un estandarte. Rehechos los marroquíes acudieron contra los húsares, que sin infantería que los protegiera, por la gran distancia á que en su impetuoso avance la habían dejado, y acosados por todas partes, tuvieron que retirarse sobre la casa del Morabito.

La víctima de estos sucesos fueron los batallones de artillería de á pie, que avanzando tras los húsares, los desplegaron en las guerrillas, y no sabiendo, ó no acertando á combatir bien en orden abierto, tuvieron grandes pérdidas. Siendo muy distinta su misión que la de las tropas ligeras, no se necesita ser militar para comprender que una división de reserva, cuyo núcleo principal era la artillería á pie é ingenieros, no debió ir de vanguardia ni en sitio donde tuviera que empezar el combate so pena de tenerles que emplear en orden abierto, como sucedió, sin poder hacer nada provechoso. Al entrar en su tienda el coronel de artillería don Francisco Barroeta, se suicidó de un pistolotazo, por no sobrevivir á la idea de haber sido batido; y sin embargo, aquellas fuerzas de Prim se batieron con la mayor bizarría y decisión. No era culpa de aquel digno jefe, harto pundonoroso, que se empleara su tropa de una manera tan inconveniente.

Unas 700 bajas contó el ejército español (1), no siendo menores las del africano.

Viendo su jefe la decisión de O'Donnell de seguir á Tetuan, se aprestó á entorpecer la marcha, levantó sus tiendas, y avanzó á ocupar otras ventajosas posiciones. Atacó en la altura de la Condesa; no supo defender el paso del Monte Negron, desfilando nuestro ejército por el estrecho arenal que hay entre el mar y las lagunas por donde se pierde el río Manuel; combatieron ligeramente sobre el río Asmir, con mas

(1) Zavala, que no se había apeado en todo el día del caballo, entró en su tienda á las altas horas de la noche, empapada su ropa por el rocío, se recostó sin desnudarse ninguna prenda y al día siguiente se encontró sin movimiento del lado derecho.

empeño en las estribaciones del Monte Negron; pero los obstáculos que no presentaron los moros se experimentaron del temporal; tuvo que retirarse la escuadra, perdiéndose la goleta *Rosalía*; empezaron á escasear las raciones; se carecía de medios para atender á los heridos y enfermos, y para no prolongar este conflicto se dispuso volviera á Ceuta una división por provisiones, que regresó á la media hora por divisar la llegada de unos vapores. Se peleó aquella tarde, y el 12; después de cuatro días en el campamento que los soldados llamaron del *hambre*, que se invirtieron en desembarcar provisiones, y se sostuvieron los dos anteriores combates, continuó la marcha, venciendo los obstáculos que el paso de Cabo Negro, el río Asmir y los moros presentaban, dominándose victoriosamente las elevadas crestas de la cordillera desde las que se descubría todo el valle de Tetuan, y en las que ondeó el pabellón de Castilla, costando estos triunfos bastantes pérdidas. Arrecriaron los moros en su empeño, reforzados con los procedentes de Tetuan; trataron de forzar nuestras posiciones; se les rechazó; rehechos volvieron con fuerzas numerosas á atacar el centro y la derecha; otra vez fueron rechazados; pensó O'Donnell en un ataque general, y cuando le disponía, avanzó osado el enemigo con respetable caballería, trabóse ruda pelea y al fin fué rechazado por completo, dominando los españoles toda la última loma del descenso de las cordilleras, incluso el reducto, si bien á costa de mas de 400 bajas, que indemnizó la llegada de la división Ríos embarcada la víspera en Algeciras y desembarcando sin obstáculo en el valle de Tetuan.

Mal podían conformarse los moros con la tranquilidad y confianza con que permanecían en aquel valle los cristianos; reunieron nuevas fuerzas, ejecutaron nocturnas algaradas, destruyeron en una noche el parapeto de la Estrella, y el 31 de enero cargaron sobre sus enemigos, decididos á arrojarlos al mar. O'Donnell supo hacer frente á esta embestida: todas las fuerzas sostuvieron bizarramente el combate.

Estos habían sido muy encarnizados por nuestra culpa; pues en vez de limitarnos á rechazar los ataques ocupando cercanas y defensivas posiciones, pudiendo en ellas ofender y ser poco ofendidos, en razón á que los moros, á pesar de su gran valor, combatían á la desbandada y en desorden, nos separábamos á gran distancia de los campamentos en su persecución, sin objeto, porque había que abandonar el terreno conquistado á fuerza de sangre.

En el combate del 31 experimentó el ejército español unas seiscientos bajas, aunque el parte oficial daba solo cuatrocientas cincuenta y nueve; pero en cuestión de partes, eran tan defectuosos, que del de esta batalla reclamó el general Quesada por las omisiones que contenía, y afectaban al bizarro comportamiento de aquel general y de sus tropas, que tanto se distinguieron en aquel hecho de armas.

Para el 4 de febrero, preparó el general español la batalla que había de hacerle dueño de Tetuan, y ya al amanecer estaba formado el ejército hábilmente; y si la lluvia pudo en un principio impedir el movimiento, iniciado este, ya no le contuvo ni el arrojo de los africanos, ni el incesante y mortífero vomitar de su artillería. Cuando se ordenó el ataque general, después de haberse lanzado unos 3,000 proyectiles, huecos en su mayor parte, Prim, con los primeros batallones que le seguían y los voluntarios catalanes, se lanzó á la trinchera enemiga, atravesando, bajo un mortífero fuego, el pantano que servía de foso á los parapetos, mientras los generales Turon y García embestían el extremo derecho de la misma trinchera. Heroicos esfuerzos hicieron los marroquíes para disputar la victoria á los españoles; igualaba su obstinación á su heroísmo; pero fueron vencidos.

Dueño O'Donnell del campo de batalla y de cuanto en él había, avanzó á Tetuan al día siguiente; mas no necesitó sitiarse, como á ello se disponía. Le rogaron para que ocuparan pronto los cristianos la ciudad santa de los mahometanos, bien maltratada por ellos mismos; se respetaron vidas y haciendas, se respetó también el libre ejercicio de la religión, y se celebró por nuestros soldados la ocupación de aquella plaza, como el preludio de la paz por todos ansiada. Ya deseó Muley-el-Abbas conocer las condiciones de ella, y aunque con-

